



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12608

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Estranjero.—Tres meses 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor 24

JUEVES 12 DE NOVIEMBRE DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jonas, Faubourg-Montmartre, 31.

## El pleito liberal

El exministro D. Amós Salvador, miembro de la ponencia nombrada por los señores Montero y Vega Armijo para dictaminar sobre el modo mejor de elegir jefe del partido á que todos los citados señores pertenecen, ha publicado una carta en «El Correo», en la cual hace estas afirmaciones:

- 1.º Que el partido liberal es el único robusto y con arraigo en el país, y que el conservarlo sin divisiones es verdadera empresa patriótica.
- 2.º Que no tiene más peligros que su propia grandeza, y que no hay en él más diferencias que las que son corrientes en todos los partidos políticos.
- 3.º Que, si se le supusiera dividido, fácilmente se verían en cada grupo proteccionistas y socialistas al lado de librecambistas y de individualistas, y no habría mayores diferencias entre grupo y grupo.
- 4.º Que no hace falta jefe, y de ello nos da ejemplo el partido liberal inglés, que ha vivido y vive sin él muchos años.
- 5.º Que jamás se han elegido tales jefes, porque éstos surgen con las circunstancias y no es prudente someterlos a los percances y accidentes poco prestigiosos de una elección.
- 6.º Que todos son buenos si no traen divisiones, y todos malos si las provocan.
- 7.º Que vale más tener partido sin jefe, que jefe sin partido, y mucho más cuando el nuestro asombra por su cohesión a cuantos no alientan en la manía de romperlo.

Y 8.º Que siempre será mi jefe el que quiera la mayoría, no las dos terceras partes de mi partido; porque yo no he de hacer jamás en él disidencias ni he de ser perturbación en la política de mi país, es léral para todo lo bueno, por no aceptar, como otros no han aceptado, ciertas jefaturas del suyo propio, á las cuales les basta para ser buenas, el que la mayoría de los correligionarios las quieran».

Si las creencias del exministro de Hacienda liberal pudieran elevarse á artículos de fe no habría mejor solución que dejar las cosas como están; pero sometidas á la controversia de amigos y enemigos, el señor Amós se queda en minoría y de ahí el haberse desechado sus sanas opiniones.

Que el partido liberal es el más grande. Puede ser; pero ¿a que no lo confiesan los conservadores ni los republicanos, ni siquiera Romero Robledo, jefe de un grupo microscópico al cual llama arrogante «mi partido»?

¿Que no tiene el partido liberal otro enemigo que su propia grandeza? También puede ser; pero enemigo al fin, y no habiendo enemigo despreciable, por pequeño que sea, hay que eliminarlo, destruirlo, dejándolo en tales condiciones que no pueda levantarse más. Eso se hace cubriendo el hueco que dejó Sagasta, por que de ese modo se mata la ambición, que así se llama el enemigo del partido liberal.

¿Que no hace falta jefe? Pues entonces ¿por qué se le está echando de menos desde que dejó de existir el anterior caudillo? A toda hora se dice que el partido no está capacitado para recibir el poder y á la falta de jefe que marque propó-

silos y rumbo, se achaca el que aún duren en las esferas del Gobierno los conservadores.

El partido liberal inglés no tiene jefatura, es cierto; pero ya ve D. Amós la diferencia: vive unido, sin dificultades: no tiene tropiezos y en cambio el partido liberal español los tiene por docenas. Las cosas son conforme á las costumbres y las de los políticos ingleses son muy distintas á las de los políticos de España.

Efectivamente; todos los jefes son buenos si la elevación al cargo no engendra divisiones y vale más un partido sin jefe que un jefe sin partido.

Esto es elemental. Un partido, por trabajado que esté, es una masa más ó menos consistente; en cambio un jefe es sólo un hombre cuyo prestigio está en esa masa. Si ésta no le obedece, ni hay jefe ni partido seguro, por que estamos en España y no en Inglaterra.

La misma protesta que hace don Amós diciendo que será su jefe el que acuerde la mayoría del partido y no las dos terceras partes, está diciendo á voces que hace falta que desaparezca el puesto que hay vacante, que deste hace un año sirve de manzana de discordia.

Hace falta jefe y hay que elegirlo pronto; y se impone de tal manera la elección, que aun sabiendo que se dividirá el partido, hay que proceder al nombramiento.

## TIJERETAZOS

En Londres ha sido asesinado un armenio no se sabe por quién.

Y es claro, se ha formado un proceso, en el cual tiene que comparecer como testigos varios sujetos de la nacionalidad del difunto.

Pero es el caso que los pobres testigos se encuentran aterrados, porque se les amenaza de muerte, por medio de anónimo, si dicen algo que pueda hacer luz.

El miedo de los pobres armenios es tan grande que á la vuelta de haber prestado declaración son acompañados á sus casas por la policía.

Esto ocurre en Londres.

Si fuese en Madrid habría que taparse los oídos.

En todas partes cuecen habas.

Según dice la prensa de la Habana, los herederos de un señor Laporte reclaman del gobierno español un pico de veintidós millones de pesetas por un asunto que arranca del año siete del siglo pasado.

La cosa parece que se nos viene encima, convertida en otro asunto Mora, de tristísima recordación.

A ver cómo capeamos ese toro.

Leemos:

«La minoría republicana del Senado discutirá los presupuestos sin obstrucción alguna.»

Es natural.

Si no hay más que dos senadores de ese color ¿qué obstrucción van á hacer?

¿Un simulacro de corta duración y á cásita?

Para eso más vale permanecer en ella sin meterse en dibujos.

Dico «La Correspondencia de España»:

«Las elecciones de concejales verificadas en toda España pueden llamarse las elecciones de la satisfacción, porque todo el mundo se encuentra satisfecho del resultado de ellas.»

Es la primera vez que ocurre eso, porque siempre hubo vencedores y vencidos.

Ahora todos resultan vencedores.

¿Tendrá eso que ver algo con los adelantos de la ciencia?

Como

«hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad» pudiera ser que se achacara á eso.

## LAS HUELGAS en los Estados Unidos

Un medio de resolver las huelgas.—El «general» Farley y su ejército.—De obrero á millonario.—Una circular curiosa.—El primer triunfo.—Como opera Farley.

El procedimiento infalible para resolver las huelgas, según nos informa «The New York World» no es otro que la intervención en los conflictos entre el capital y el trabajo, de cierto señor Farley especialista en deslazar las coaliciones obreras.

¿Quién es ese maravilloso individuo, y qué procedimientos emplea?

Un poco de atención que bien merece la pena.

Ante todo, sépase que Mr. Farley, el «strike-breaker» (ó el rompe huelgas) como le llaman los neoyorkinos, es un verdadero gigante, capaz de derribar un toro de un puñetazo, y sobre estas condiciones físicas, indispensables al oficio que ejerce, valiente, inteligentísimo, de elocuente palabra y voluntad de hierro.

Allá en sus años de juventud, porque el señor Farley es ya un hombre algo maduro, fué obrero electricista, muy bueno, muy celoso en el cumplimiento de su deber, obediente y disciplinado.

Ganaba un buen jornal como conductor en una empresa de tranvías de Nueva York.

Surgió una huelga, siguió á los compañeros, perdió el puesto y cayó en la miseria.

La historia de muchos infelices que, por un mal entendido sentimiento de solidaridad hacen causa común con los agitadores profesionales.

Mucho trabajo costó á Farley para encontrar ocupación en las diversas Compañías de electricidad de Nueva York, Chicago, San Francisco y otras importantes capitales norteamericanas.

Sus intentos fueron vanos. En todas partes había excedente de personal.

Hostigado por el hambre, y en vez de abandonarse á su mala estrella y morir,

## Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C.<sup>a</sup>

DOS MISERIAS

333

en cuanto á faltar á un depósito que se le haga, el molinero Perollet es incapaz.

—¿Deveras?

—Dejadme conducir á la señora Rosalia y no ten dréis por qué arrepentiros.

Los compañeros del Abadejo apoyaron esta seguridad, y aunque Rosalia hizo algunas observaciones, nadie le escuchó; la obligaron á subir casi por fuerza en el carro de Perollet despues de indicar á este la posada en que debía dejarla en Versalles.

El molinero pagó su cuenta, subió al lado de Rosalia y se dirigió hácia los bosques del Sella y Saint-Cloud.

Este brusco cambio de itinerario y las pocas palabras que habian llegado á su oído unido á la facilidad con que lo confiaban á un desconocido, bastaron para indicar á Rosalia que se fraguaba un complot. Bien hubiera querido advertir al molinero que viviese alerta; pero el aire libre no habia operado cambio alguno sobre el estado del molinero que charlando sin cesar no parecía dispuesto á escuchar nada; de vez en cuando dirigia á Rosalia proposiciones galantes, pero sin hilación, como hombre que no dispone bien de sus facultades mentales.

Entretanto el carro habia dejado el camino, internándose por los bosques del Sella donde no penetraba

332 (BIBLIOTECA DE EL ECO) DE CARTAGENA

La vuelta del molinero que venia á echar el brindis de despedida les cortó la palabra. Acercáronse todos á la mesa, hubo un brindis general.

—¿A la salud de las morenas!—dijo Perollet volviéndose hácia Rosalia.—Ya sabéis que el día que os agrada de una playa en mis molinos...

—Mas vale que se la ofrecierais en vuestro carro,—esclamó Adrian.

—¿Por que?

—Porque sino se verá obligada á volver á pié á Versalles.

—¿A Versalles?—dijo asombrada Rosalia.

—El carruaje con que contábamos no ha venido... A mí no me importa porque iremos por los bosques y será mi paso; pero para Rosalia no es lo mismo: es mala andarina.

—Pues si no es mas que eso, dádmola; Yo la llevaré hasta París, y si no tomaré el camino del Sella y la dejaré en Versalles.

—Eso sería mejor,—esclamó Foureaux.

—No tal, no tal,—repuso Adrian;—el amigo Perollet se toma unas libertades con las mujeres...

—¿Cómo? ¿me creéis capaz de abusar?

—Lo que he visto...

—Cualquiera es galante con una buena moza; pero

DOS MISERIAS

349

—Pues bien, sed bien venido. Otro bol de ponche, muchachol! Quiero hacer amistad con estos caballeros.

Adrian examinó rápidamente al desconocido y murmuró:

—Falta saber si ellos querrán.

—¿Por qué no han de querer?—dijo el desconocido.

—Porque no bebemos el primer recién venido.

—¿Es decir que queréis saber mi nombre?

—Pues bien, me llamo Perollet, Francisco Perollet, tratante en barinas y propietario de tres millones, lo cual os probará que bien puedo hacer á unos camaradas el obsequio de un ponche.

Y al decir estas palabras el molinero se pasó los bolsillos de su chaleco que despidieron un sonido metálico.

El Abadejo y sus compañeros cambiaron una mirada.

Entonces aceptaremos por no desairaros.

—En hora buena; pero ¿en donde está la señora?—dijo Perollet buscando á Rosalia que habia ido á sentarse junto á la ventana.—Es preciso que haga los honores de la mesa.

—Con la condición de que no le hablareis ten de cerca.